



Ah Puch
está aquí



Prefacio

A*h Puch está aquí* fue concebida en su origen como una novela gráfica inspirada en los códices mayas que han llegado a nuestros días. Malcolm McNeill debía encargarse de las ilustraciones, y yo debía escribir el texto. A lo largo de los años en que colaboramos, se produjeron varios cambios en el texto, y Malcolm McNeil elaboró más de cien páginas de dibujos. Sin embargo, debido en parte al desembolso que suponía la reproducción a todo color, y al hecho de que el libro no se enmarca ni en la categoría de novela ilustrada convencional ni en la de historieta, ha habido dificultades con la presentación de la totalidad de la obra, que son unas cien páginas de ilustraciones con texto —treinta a todo color— y unas cincuenta páginas de sólo texto.

De hecho, se trata de un libro único. En algunas páginas hay exclusivamente letra, otras son exclusivamente gráficas, y otras son una mezcla de texto y dibujo. Al final Malcolm McNeill y yo hemos decidido publicar el texto sin las ilustraciones, todavía con la esperanza de que esta obra llegue a ver la luz tras ocho años de trabajo.

WILLIAM S. BURROUGHS
27 de abril de 1978

Prólogo

Los códices mayas son, sin duda, libros sobre los difuntos, esto es, indicaciones para viajar en el tiempo. Si creéis en la reencarnación, entonces surge el interrogante: ¿de qué modo nos adaptamos a las vidas futuras? Considerad la muerte como un viaje peligroso en el que todos los errores cometidos en el pasado os perjudicarán. Si no tomáis como punto de partida datos objetivos sólidos, no llegaréis a vuestro destino o, en algunos casos, es probable que lleguéis a él de forma fragmentada. ¿Qué principios elementales se pueden establecer? Quizá el más importante sea una actitud alerta y relajada, y esto es lo que persiguen las artes marciales y otros métodos de formación espiritual: inculcar una postura psíquica y física de pasividad alerta y de atención dirigida. La sospecha, el miedo, la autoafirmación, las ideas preconcebidas inflexibles sobre el bien y el mal, los recelos y vacilaciones respecto a lo que puede parecer monstruoso desde el punto de vista humano: estas disposiciones anímica y corporal son catastróficas. Imaginad que sois el piloto de una sofisticada nave espacial y que os encontráis en un territorio desconocido. Si os quedáis paralizados, os ponéis tensos, os negáis a ver lo que hay ante vosotros, os derrumbaréis. Por el contrario, la credulidad y la receptividad sin sentido crítico son peligrosas casi en la misma medida.

Vuestra muerte es un organismo que vosotros mismos creáis. Si la teméis u os postráis ante ella, el organismo se convierte en vuestro dueño. La muerte también es

un organismo proteico que nunca se repite textualmente. Siempre debe presentar un rostro conocido, pero con un tinte de sorpresa. Por este motivo, considero que los libros egipcios y tibetanos sobre los difuntos, con su énfasis en el ritual y a sabiendas de las palabras correctas, son deficientes por completo. No existen las palabras correctas. La muerte es un aterrizaje forzoso, en muchos casos un salto en paracaídas. El traqueteo del motor es alarmante. Miráis a vuestro alrededor en busca de un lugar para aterrizar. El paisaje es engañoso. Lo que desde el aire parece una extensión llana puede resultar ser unas arenas movedizas o una ciénaga. A la inversa, una zona montañosa puede albergar un valle oculto o una meseta. Centrad vuestra atención. Observad con todo vuestro cuerpo. Escoged el sitio y aterrizad en la oscuridad. Apagón.

La muerte debe traer consigo, en cierto modo, mala memoria. Pensad en los mayas, que vivían aislados en una pequeña superficie; un conocimiento excesivo de la muerte podría eliminar el componente esencial para el olvido. La muerte siempre es regresión, un retroceso a la infancia y a la concepción. Así pues, ¿por qué detenerse ahí? Debían seguir retrocediendo más y más. De lo contrario, la muerte sería recordada, y la muerte que se recuerda deja de tener efecto. Al final retrocedieron cuatrocientos millones de años. ¿Quién o qué había hace tanto tiempo? Como es lógico, estos períodos de tiempo no tienen significado alguno desde el punto de vista de la realidad. No obstante, en cuanto al tiempo que es recordado, estos cálculos muestran cuánto habían avanzado en lo que se refiere al recuerdo de la muerte. Pensad en la estructura social: un reducido porcentaje de los sacerdotes que sabían leer los libros y efectuaban cálculos sobre el calendario, y un porcentaje importante de

trabajadores analfabetos. Los trabajadores debieron servir de pozo, en el que los sacerdotes se podían reencarnar a sí mismos y reaparecer en la casta sacerdotal, identificada por determinados símbolos según el sistema tibetano.

El tiempo no tiene significado sin la muerte. La muerte utiliza el tiempo. Se trata de un proceso acumulativo, de modo que el tiempo se agota cada vez más deprisa. Existe aquí un paralelismo exacto con la inflación, puesto que el dinero compra tiempo, con lo que se tarda cada vez más en comprar cada vez menos. ¿De qué modo los mayas reaccionaron ante este *impasse*? Pues «antedataron» el tiempo. Por ejemplo: un dólar vale, pongamos, una quinta parte de lo que valía hace cincuenta años. Por tanto, antedatamos el dinero cincuenta años. Luego cien años, y así sucesivamente, retrocediendo en el tiempo. Al final llegamos a un punto en el que no había dinero, de forma que estamos antedatando el concepto de dinero, o el concepto de tiempo.

Los trabajadores no sabían leer los libros y, sin lugar a dudas, se evitaba que aprendieran. Si hubieran sabido leer los libros, habrían aprendido a recordar, a familiarizarse con la muerte y a identificarse con ella. Esto habría transmitido la inmunidad. La muerte es un virus y los libros mayas son una vacuna. La muerte es representada en los códices con una mancha de descomposición mediante un conjunto de sombras en figuras de esqueletos. En resumen, esto es el gradiente de exposición. Asimismo, la familiaridad con la muerte y la consiguiente inmunidad se transmite por la propia cópula. Un glifo representa la diosa Luna copulando con una figura de la muerte, y podemos suponer que los libros destruidos por el obispo Landa contenían muchas escenas de esta índole.

El tiempo es lo que se acaba. El tiempo es el tiempo limitado que experimenta una criatura capaz de sentir. De sentir el tiempo, es decir, de adaptarse al tiempo según lo que Korzybski entiende por intención neuromuscular del comportamiento respecto al medio como un todo... Una planta se orienta hacia el sol, un animal nocturno se despierta al atardecer... caga, mea, se mueve, come, jode, muere.

¿Por qué el Control necesita a los humanos?

El Control necesita tiempo. El Control necesita el tiempo humano. El Control necesita que cagues, mees, te quejes de dolor, tengas un orgasmo, mueras. Así pues, ¿qué es lo que el Control piensa hacer con esta mercancía que será tan acertado? Lo mismo que los sacerdotes mayas, que pensaron usar el tiempo humano para generar más tiempo.

Si el tiempo es lo que experimenta un ser que es capaz de sentir, entonces la muerte para este ser es el fin del tiempo. Y si consideramos que la muerte es el cero, es posible extender cheques por valor de una cantidad de tiempo cualquiera añadiendo ceros. Incluso si existe algún recuerdo de las vidas pasadas, el ser no tiene forma de saber si ha estado muerto durante cuatro segundos o cuatrocientos millones de años. Serían cheques en blanco en el sentido de que se remontan a un tiempo en el que no existían ni los cheques ni el banco ni los titulares de cuentas corrientes. No obstante, llevaban la firma de la muerte, que es la interrupción de la capacidad de sentir.

He hablado de las formas transitorias de la muerte y de la identificación del organismo muerto con el moribundo. Esta identificación puede que adopte la forma de una cópula propiamente dicha con la muerte. La muerte, que puede adoptar tanto la forma masculina

como la femenina, copula con el joven dios del maíz, y éste eyacula cuatrocientos millones de años de maíz desde la semilla hasta la cosecha, y más allá. Esta operación requiere maíz real y un cuerpo humano real para representar al joven dios del maíz. Esto es, por consiguiente, un cheque endosado que está firmado por el joven dios del maíz. En cuanto ha firmado el cheque, es posible añadir un número de ceros cualquiera. El banco del tiempo maya funcionaba con estos cheques endosados. La muerte es aceptada por los moribundos.

Ahora considerad el momento actual y la proliferación de los cheques no endosados...: las tragedias aéreas y en la carretera, las guerras, los incendios, los accidentes, las muertes aleatorias. Estos cheques tan sólo son válidos para el momento real que cubren. Cien mil muertes puede que compren un millón de años, pero siempre hay más y más humanos en *stock* dispuestos a consumir tiempo. El *impasse* del momento actual es menor, y hay menos tiempo cualitativo para un número cada vez mayor de gente. Al final no existe una experiencia cualitativa, sino solamente un tiempo aleatorio calculado sobre una base meramente cuantitativa. A la larga el tiempo se agotará.

El sistema maya es justo lo contrario: cada vez menos gente para un tiempo escrito cada vez más preciso. Un sistema lleva a un exceso de mortales y a una escasez de dioses; el otro, a un exceso de dioses y a una escasez de mortales. En ambos casos, a un callejón sin salida. En el caso del sistema actual, ya se empieza a apreciar el ciclo de una población mayor y de una contaminación mayor: cada vez menos para alimentar a cada vez más. Así pues, se está tratando de restablecer la experiencia cualitativa: meditación, comunas, ecología,

biorretroalimentación, est,¹ grupos de encuentro, magia; en definitiva, la transcendencia. Se trata de un parche después de la realidad. El daño ya está hecho, y la fórmula mortífera de proliferación ya es irreversible. Estas medidas, aunque tuvieran éxito, llevarían entonces al *impasse* maya.

¿Y qué medida podrían haber tomado los mayas? Podrían haber extendido, colonizado, aumentado la población para garantizar las reservas humanas, lo que conduciría al *impasse* actual. También se estaban volviendo cada vez menos capaces de expansionarse, del mismo modo que el sistema actual, con su proliferación de un producto humano de baja calidad, se está volviendo cada vez menos capaz de asimilar nada más. Considerad la posibilidad de que los cheques endosados aparecieran en el momento actual. Esto podría conllevar epidemias de tierra virgen, lo que reduciría la población a las proporciones mayas y, en último lugar, al *impasse* maya. Del mismo modo, la aparición masiva de cheques endosados en el mercado maya tendría como consecuencia la expansión y la proliferación de la población y el *impasse* actual.

El tiempo es lo que se acaba. La única forma de salir del tiempo es adentrarnos en el espacio. ¿Por qué los sacerdotes mayas necesitaban los cuerpos humanos y el tiempo humano? Esperad. Necesitaban estos cuerpos y este tiempo como campo de aterrizaje y como plataforma de lanzamiento al espacio. Necesitaban un maíz real y un dios del maíz humano.

WILLIAM S. BURROUGHS
20 de septiembre de 1975

¹ De *Erhard Seminars Training*, sistema basado en técnicas de meditación que fue fundado en 1971 por Werner Erhard y que sienta los principios propios de la metodología del *coaching*.

H IROSHIMA... 1945... 6 DE AGOSTO... FALTAN VEINTITRÉS SEGUNDOS PARA LAS 8 A. M.

Un chico abre una revista porno...

Una joven pareja japonesa jode en la cuenta atrás...

Dos chicos se hacen una paja en la cuenta atrás...

23 UUUH, UUUH, UUUH...

UNA LUZ BLANCA CEGADORA

Formulo las siguientes preguntas a CONTROL:

Pregunta: ¿Bombardeo tras un virus de transmisión sexual?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Fue para causar este accidente lo que explica que la bomba se lanzara en Hiroshima?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Quién dio en realidad esta orden?

Respuesta: CONTROL.

El feo americano... El instrumento de CONTROL...

Como veis, estaba construyendo un retrato robot del hombre... probablemente un especialista en la cultura maya... con toda certeza rico... sin duda obsesionado con la inmortalidad... Quizá exista una piedra de Rosetta. Quizá algunos de los códices sobrevivieron a la quema de libros que realizó el obispo Landa. ¿Puede

que este hombre hubiera descubierto estos libros y hubiera aprendido los secretos del calendario de control maya? ¿Los secretos del temor y la muerte? ¿Y está este terrible conocimiento incluso ahora computarizado y en manos de perspicaces americanos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la CIA?

—Pon este comodín de la MUERTE en la hilera. Ocupate de Mao y de su panda de asesinos.

He decidido llamarle John Stanley Hart.

Ya de niño, pensar que su ser pudiera DETENERSE algún día le causaba una profunda desazón y le llenaba de una sombría determinación para nada infantil.

—Viviré eternamente —decide.

Al otro lado de la sala, a la nueva sirvienta se le cae un florero al suelo. Él permanece de pie en su sitio y la observa mientras limpia. Un niño pálido con semblante sospechoso, frío como el hielo: son pocos los que se sienten cómodos ante su presencia. Ya ostenta el poder para lograr que las cosas salten de manos ajenas. A medida que crece, el poder para infundir miedo crece con él y el temor que sienten los demás lo envuelve a modo de un pesado manto gris.

Aquí se encuentra en Harvard. Desprecia a los otros estudiantes. Son animales humanos y morirán. Se consagra a estudios sobre la inmortalidad. Los egipcios también estaban obsesionados con la inmortalidad. Puede que descubrieran algo. Estudia los jeroglíficos egipcios y reflexiona sobre el hecho de que antaño debió de existir un modo de resucitar a las momias ricas en formas inmortales. Algo así como si se congelaran, lo que por supuesto ha considerado. De pronto, una imagen destella ante sus ojos... En una cripta olvidada el último papiro

con la fórmula para la resucitación se convierte en polvo. El horror asfixiante de este callejón sin salida se cierne alrededor de su corazón como hielo.

—Muerto para siempre —rezonga—. Por Dios, sólo de pensarlo: yo congelado, sin que nadie pueda hacer nada para salvarme...

Se desmorona entre sollozos y gimoteos, preso de un abyecto terror. No obstante, el joven Hart es de buena familia. Recobra la compostura. Eludirá estas trampas mortales. Aprenderá los secretos de sus antepasados y sacará provecho de los errores que éstos cometieron.

Acto seguido se centra en los estudios mayas. Está mirando un ejemplar del códice de Dresde. Vislumbra la fórmula de la muerte. Al otro lado de la mesa un joven desgarrado deja sus gafas en el suelo. Uno de los cristales está roto.

Con su primero y último amigo, Clinch Smith, Hart organiza una expedición para encontrar los libros mayas perdidos y obtener los secretos del temor y la muerte.

Un templo en ruinas en un claro de la selva. Las estelas y bajorrelieves en muros han sido deslucidos por el símbolo de la muerte, cincelado de modo rudimentario en las caras de las piedras y por las fechas. En las ruinas de lo que había sido la sala interior del templo, Hart y Clinch Smith han levantado una piedra y han encontrado los libros con un esqueleto hecho un ovillo a su alrededor en posición fetal. El esqueleto se convierte en polvo cuando se quitan los libros. Las parcelas sombreadas del atardecer evidencian que ha transcurrido el tiempo en el claro, y Clinch y Hart han tenido tiempo de estudiar los libros...

Clinch Smith permanece ahí de pie, la mandíbula angular y el talante noble:

—Quizá esto muestre un camino más allá de la muerte... y abra una nueva frontera para la intrépida juventud... Pertenece a la humanidad, John.

—No seas imbécil, Clinch. Con estos conocimientos podemos dominar el planeta.

—No lo hicieron tan bien, John —replica Clinch, que señala las estelas deslucidas.

Hart:

—Cometieron un error.

Propina a Clinch tres disparos en el estómago. Con la pistola humeante todavía en la mano, echa un vistazo a su alrededor.

La voz fantasmal de Clinch Smith:

—A la muerte se le debe pagar en especie, John.

Hart llega al puesto de policía con Clinch Smith envuelto encima de la montura de su caballo.

Policía:

—Un *venado*, comandante. —Un ciervo. Esta expresión usada para referirse a alguien que ha sido asesinado es propia del México rural, donde el difunto se suele llevar al puesto de policía envuelto sobre un caballo como un ciervo.

Hart:

—... Mi amigo... asesinado para bandidos...

El comandante muestra unos retratos sobre la mesa. Hart escoge a tres de los bandidos más jóvenes...

Ah Puch:

—Y muestra un poco de respeto...

El dios de la simiente:

—Hay una señora ahí...

STOP... LOS ÁLAMOS... RESERVA MILITAR ESTADOUNIDENSE SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

El joven dios del maíz:

—Quítate el sombrero, gringo...

Ah Puch:

—Y muestra un poco de respeto...

El dios del maíz, de bebé:

—Hay un bebé ahí...

El señor Hart:

—Murieron con valentía...

El comandante:

—Es su oficio, señor...

El silbido de un tren... Un tren en el paisaje lunar del norte de México... Aparece el coche privado del señor Hart, los libros esparcidos sobre una mesa. Está leyendo los libros trabajosamente gracias a unas anotaciones españolas. Aquí está el joven dios del maíz transformándose en MUERTE...: «Cuando me convierta en muerte... la muerte es la semilla de la que germino...».

Lo cierto es que este moribundo que debe producirse a sí mismo resulta muy poco científico para el astuto y joven Hart. Obsesionado con su deseo de inmortalidad, no capta toda la relevancia de esta simple fórmula de supervivencia ni las semillas de la catástrofe que alberga. El señor Hart sin duda no se considera cristiano, aunque todo su pensamiento se basa en el cristianismo occidental. Piensa de forma exclusivista, es decir, que existe un solo Dios. Busca los secretos del miedo y la muerte.

—Tiene que ser una cosa o la otra —se dice a sí mismo—. Todo es muy sencillo: los sacerdotes se convertían en la MUERTE y, por tanto, no podían morir... No podían dejar ningún rastro de cabos sueltos, de todos modos.

«Al amanecer la muerte entró a la cabaña... El joven intentó enfrentarse a ella y le arrojó un objeto mágico... Casi lo logró, ya que la muerte era vieja y estaba cansada...» La debilidad de la muerte en este fragmento le alarma. ¿Y si los sacerdotes, dando por supuesto todos esos millones de años en los que habían existido, se suicidaban con la vejez? El señor Hart no es, en verdad, un hombre inteligente. En este momento no sospecha, ni por asomo, cuál es la auténtica razón de estas expediciones en el pasado remoto. Los sacerdotes realizaron cálculos a partir de su calendario que retrocedían cuatrocientos mil años. ¿Por qué?

El señor Hart hallará la respuesta en el tiempo. Descubrirá que la muerte necesita tiempo. La muerte necesita tiempo del mismo modo que un yonqui necesita caballo. ¿Y para qué necesita tiempo la muerte? La respuesta es muuuy sencilla. La muerte necesita tiempo para que lo que mata germine, por el dulce bien de Ah Puch, americano estúpido, vulgar, codicioso y feo chupamuertes. ¡Así es! La muerte aparece en el campo y mata al joven dios del maíz. El joven dios del maíz se convierte en semilla de la muerte, de la que crecerá otro joven dios del maíz: el nacimiento y la muerte en toda su rica variedad de un viejo excusado exterior. Sin embargo, siempre hay más muerte que crecimiento, incluso en el simple agotamiento del suelo. El maíz es un cultivo que agota mucho. Parece ser que los mayas desconocían la rotación de cultivos, y en cualquier caso no disponían de animales domésticos que se comieran un cultivo de cobertura y luego la cagaran en forma de abono. En consecuencia, el agotamiento del suelo era un problema y, cuando el suelo de las inmediaciones de una ciudad se agotaba, debían viajar más y más lejos a fin de encontrar campos fértiles,

con lo que necesitaban cada vez más tiempo para ir de un sitio a otro. Así, cada vez que matáis al joven dios del maíz la vida lo abandona. La semilla crece cada vez más y más despacio... La semilla pierde vitalidad. El dios del maíz parece un zombi desalmado. Y finalmente la semilla no crece. No hay tiempo para la muerte. Por tanto, la muerte debe viajar.

La muerte traslada al joven dios del maíz a un tiempo pasado en el que no le habían pegado mucho, está atontado. Lo lleva de regreso a su juventud, y más y más allá... clic-clic... hasta el Jardín del Edén. Por supuesto, la muerte lo reducirá a cenizas también. Los sacerdotes mayas realizaron estas expediciones al pasado porque habían reducido a cenizas el presente. Los estudiosos de la cultura maya se han preguntado por qué no efectuaron cálculos sobre el futuro; tenían un descubierto. Los cheques eran devueltos. No había nada ni nadie ahí.

Ahora bien, esto no sucedió de forma inmediata. No os engancháis con el primer chute, e incluso cuando estáis enganchados sois capaces de controlar la situación por un tiempo quizá, de manteneros en la misma dosis... Pero coged a un yonqui que consume heroína desde hace unos cuantos miles de años. ¿Que controle este hábito? Pues retrocede al tiempo en que su hábito se podía manejar, y cuando se le va de las manos retrocede más y más y más. Si miráis el panteón maya y el calendario, veréis que los mayas, en tanto que vampiros experimentados y yonquis del tiempo, eran plenamente conscientes de este *impasse* y tomaron las precauciones que pudieron para evitarlo sopesando los dioses de la muerte y de la vida, no como las cuentas del señor Hart, que no se sostienen en equilibrio en una disyuntiva, sino mediante un conjunto de sombras de transición.

La muerte aparece también como un héroe cultural que muestra un camino más allá de la muerte, y éste fue el aspecto de la muerte que se apareció al idealista Clinch Smith...

El pecho anegado del hombre muerto está en el consulado y el vicescúsul desvela la noticia a la madre.

La señora Smith sabe quién ha matado a su hijo. Y también lo sabe el hermano pequeño de Clinch. Si miráis a cualquier figura poderosa, sabréis qué órdenes dará... La muerte de Roehm en los ojos de Hitler... Todo el clan Smith debe ser eliminado...

—No fanfarronees como un tonto, esto lo haré antes de que esta determinación se enfríe. —Debe acallar la voz de Clinch Smith para siempre. Todo el clan Smith debe ser exterminado...

Una imagen fugaz de la señora Smith muerta en un accidente de coche... El joven Smith huye a América del Sur.

—Hemos intimidado a la serpiente, no la hemos matado...

El joven Smith se reúne con Audrey Carsons en una finca remota de los Andes.

Audrey Carsons:

—Es un insensato vulnerable asqueroso fantasmagórico e inquietante, pero posee al mismo tiempo la fría inteligencia del señor Hart. Es el álter ego y la némesis de Hart.

El joven Smith:

—Es el dios maya de la muerte con dientes de conejo antes de que su rostro se rompiera y fuera retorcido por un cambio de presión, con unos rasgos desfigurados y confusos, el cuerpo escuálido por hambrunas pasadas. Un rostro en el que nunca se ha escrito el tiempo.

El viejo sargento:

—Tiene el pelo entrecano y muy corto, y la tez rubicunda de todo militar profesional. También hay algo que recuerda al dios de la estrella polar en su semblante.

En las formas transitorias de la muerte, la muerte en cierta medida se identifica con el hombre que mata y comparte su muerte. Así pues, la muerte compartida pierde su carácter absoluto. La muerte se muestra al moribundo. Todo esto parece muy subversivo al señor Hart, que nunca se identifica con sus víctimas. Hacerlo significaría arriesgarse a convertirse él en una víctima. No obstante, en algún momento la muerte debe asumir este riesgo. Debe convertirse en un mortal y morir a fin de poder renacer. El señor Hart quiere ser la muerte, pero no conocerá la muerte. La muerte no servirá a un desconocido que no puede demostrar su título, un gringo que teme la palabra en sí misma y establece una regla del juego según la cual la palabra *muerte* no debe ser pronunciada en su presencia. Hart no puede leer los libros mayas. Los lee del mismo modo que alguien que está leyendo *Moby Dick* quiere informarse de la caza de ballenas, y al diablo con Ahab, las ballenas blancas, Queequeg, el *Pequod* e Ismael... Lo que está escrito aquí y permanece latente desde hace mucho tiempo es ahora una virulenta cepa de virus que aguarda escapar, saltar de las páginas e infectar a millones de receptores humanos, no con el mensaje capitalista del siglo XIX ávido de fundamentalismo protestante del señor Hart, sino con sus propios mensajes, crueles, tiernos, ambiguos, descarados, falsos, virginales, caprichosos, inmensamente viejos y desafortunadamente jóvenes... El señor Hart, que sería la muerte, no sabe con quién está hablando.

Valle del Arco Iris en los andes bolivianos. El joven Smith y su amigo Audrey Carsons están estudiando en la Academia de la Muerte guiados por unos profesores experimentados. Están aprendiendo a volar con las alas de la muerte. Están aprendiendo lo que el señor Hart teme saber, asumiendo los riesgos que él teme asumir.

Dos bandidos están acorralados en una pared...

—Cuando recibáis los impactos de bala, muchachos, es como si tratarais de respirar pero no os llegara el aire. No os encojáis y sacad pecho. Pegaos a la pared y relajad los hombros...

El viejo sargento:

—Ahora esperáis a que aparezca un pelotón de fusilamiento y preparaos para... ¿Qué tal unas balas por sorpresa? Bajas, les llamamos en el ejército...

Audrey y el joven Smith se dirigen a un pueblo bombardeado para ponerse a cubierto de... ¿los guerrilleros del Vietcong?, ¿los americanos?, ¿los alemanes? Son soldados en una batalla. Un disparo. Audrey se desploma. El joven Smith gira y advierte al francotirador en una ventana. Arrastra a Audrey detrás de un muro. Con una mirada al rostro de Audrey basta. Es inconfundible esa sombra gris que sube por su rostro mientras mueve sus labios grises.

—Me ha parecido oír otro disparo por ahí cerca...

La muerte ya está muy cerca y el joven Smith es capaz de olerla. Es un olor gris que detiene el corazón y corta la respiración. Olor del cuerpo vacío. Olor de hospitales de campaña y gangrena. Un olor que se puede ver en el rostro de Audrey antes de recibir el impacto de bala...